

SERMON

EN

ACCION DE GRACIAS AL TODOPODEROSO ⁽¹⁾.

Magna et mirabilia sunt opera tua, Domine Deus Omnipotens: justæ et veræ sunt viæ tuæ, Rex sæculorum. Quis non timebit te, Domine, et magnificabit nomen tuum?

Grandes y admirables son tus obras, Señor Dios Todopoderoso: justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los siglos. ¿Quién no te ha de temer ¡oh Señor! y no ha de ensalzar tu nombre?

(Apoc., cap. xv, versículos 3 y 4.)

I.

Así se modula en el cielo el cántico de Moisés y del Cordero: así, en el éxtasis interminable que produce en los moradores de la verdadera tierra feliz la contemplación de las obras de Dios, se explican en voces de alegría los sentimientos de aquellos corazones, fijos é inmóviles para siempre en el objeto de su amor. Son estas voces dulces como el canto de las aves, que, situadas entre ramajes olorosos, amenizan el silencio de los valles al derramar la aurora en la tierra las hebras de la luz que asoma por montes no lejanos. Son sonoras y magníficas, y, según se expresa el discípulo amado que las oyó, se parecen á la vez al murmullo de muchas

(1) Este sermón fué predicado en San Isidro el Real de Madrid, el día 18 de Junio de 1871, en la función de acción de gracias que con motivo del vigésimo-sexto año del pontificado de Su Santidad Pío IX celebró el pueblo de Madrid en la expresada iglesia.

aguas, al estruendo de los truenos y á la suave melodía de mil arpas, manejadas hábilmente por otros tantos artistas. (*Apoc.*, cap. xiv, vers. 2.)

Es esta la ocupacion que tienen los ángeles y los Santos en el cielo, sin que pueda interrumpirla ninguno de esos accidentes que nos tienen en la tierra del destierro en esa triste alternativa en que vivimos los mortales; porque allí no hay ni puede haber llanto ni clamores de pena ni dolor, por haber pasado los que allí moran del destierro á la pátria, del combate á la victoria, del sufrimiento á la corona, del estadio á la recompensa, y del martirio á la aureola. Allí alternan los ángeles con los hombres, y los hombres contestan á los ángeles; los hombres están oyendo aquel inefable cantar que Isaías oyó á los serafines; y apenas han concluido éstos la estrofa misteriosa, entonan ellos el suyo, pues es propio de los que han sido comprados de la tierra, de aquellos que no se contaminaron, y en cuyos lábios no se halló mentira. (*Apoc.*, cap. xiv, versículos 4 y 5.) *Santo, Santo, Santo*, dicen los primeros; *Señor Dios de los ejércitos, llena está la tierra de su gloria* (Is., cap. vi, vers. 3); y al momento, conmovidos de gozo los quicios de las puertas de zafiro y esmeralda, y llena la casa de Dios de suavísimos vapores de gloria, resuena todo su ámbito con la respuesta de todos los justos, que dicen así: *Grandes y admirables son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos ¡oh Rey de los siglos! ¿Quién no te ha de temer ¡oh Señor! ¿Quién no ha de ensalzar tu nombre?*

¡Oh goces del cielo! ¡Oh grandezas de la pátria! Yo os contemplo y os saludo; pero no puedo describiros, porque *ni ojo vió, ni oído oyó, ni corazón humano puede rastrear lo que Dios tiene preparado para los que le aman.* (I Cor., cap. ii, vers. 9.) Entre tanto, mis amados hermanos, si no puedo describiros lo que pasa en el cielo,

no puedo ménos de deciros que aviveis vuestra fé y elevéis vuestras miradas hácia la tierra de los vivientes, bajándolas en seguida para contemplar lo que pasa hoy en la tierra de los desterrados.

¡Qué espectáculo tan sorprendente! ¡Qué escena tan conmovedora, tan universal en su extension, tan unánime en su pensamiento, tan concorde en lo que en ella se pide, y tan afectuosa en las voces que se oyen salir de su seno! Causa esto admiracion, asombro, éxtasis: es una especie de Pentecostés; es la aparicion de un dia nuevo, en el cual los pueblos de cien idiomas y de mil dialectos están diciendo una misma cosa, ejecutando una misma accion, emitiendo un mismo pensamiento. No son ya los parthos, los medos, los elamitas y los que habitan la Mesopotamia, la Judea, la Capadocia, el Ponto y el Asia, la Frigia y la Panfilia, el Egipto, la Libia y Cirene, como el dia de Pentecostés, quienes están oyendo ensalzar las grandezas de Dios, sino que son ellos mismos los que las predicán, acompañándoles los chinos, los indostanos, los griegos, los tibetanos, los de las islas lejanas, los de todos los continentes, los del remoto Occidente americano, los del Occidente antiguo, los hijos del Albion, los de las Galias, los germanos, los groenlandos, los lusitanos y los iberos, y hasta los esquimales.

II.

¿Y qué dicen tantas lenguas? ¿Qué piden? ¿De qué hablan? ¿De qué tratan? Todas están ensalzando las glorias y grandezas de Dios, y pidiéndole que siga dándolas á conocer más y más. *Loquentes magnalia Dei.* (*Act.*, cap. ii, vers. 11.) Todas están dándole gracias por un favor singular. Pero no es esto sólo lo grande y admirable, amados hermanos: lo sublime, lo encantador de este espectáculo es que, alternando los moradores del

cielo con los que viven en la tierra, unidos con ellos en los mismos vínculos de caridad, repiten todos hoy un mismo cantar, rinden gracias á Dios por el mismo favor recibido, y dan al mundo creyente y al incrédulo el mismo aviso. «Grandes y admirables, dicen todos hablando con Dios, son tus obras, Señor, que lo puedes todo: rectos y verdaderos son tus caminos ¡oh Rey de los siglos! ¿Quién no te ha de temer?»

¿Y qué favor tan singular es ese que ha puesto en movimiento los corazones de los fieles? El más grande que Dios ha concedido á cuantos han ejercido el altísimo cargo de Vicarios de Cristo en la tierra, despues del glorioso Príncipe de los Apóstoles. Nuestro venerable Papa Pio IX, Pontífice Máximo, ha empezado ya el año vigésimosexto de su pontificado, lo que sólo habia sido hasta hoy el privilegio de San Pedro: en lo cual la Iglesia católica reconoce el dedo de Dios, esperando además ver en esta prolongacion de la vida de Pio IX la proximidad del triunfo de ella misma y de la Cátedra apostólica sobre los enemigos de las dos.

Será este, mis amados hermanos, el objeto de este discurso y de vuestra religiosa atencion. Para que Dios ponga en mis lábios palabras de verdad y de vida; para que no se deslice mi lengua, si acaso hay en mi auditorio algunos que hayan venido con el fin con que iban los fariseos á escuchar á Jesus, os ruego que me acompañeis en mis oraciones á la Virgen María, á quien saludaremos con devocion, á fin de que ruegue por el que va á hablar de quien, entre doscientos y casi sesenta Pontífices, tiene derecho como ninguno á ser amado y protegido por Ella. Digámosla, pues, con el ángel Gabriel:

AVE MARÍA.

III.

La Iglesia católica está hoy como en un éxtasis producido por las virtudes de la fé y la esperanza. El mundo se halla en una especie de asombro; los hombres malos, los que hace ya algunos años están como el tigre que mide ya la distancia para saltar sobre su víctima, y chispea con sus ojos, y se relame como si la devorase ya; esos hombres, engendro de la Revolución, se encuentran como embarazados, sin atreverse á obrar y como en atonía, sin saber qué pensar, y sólo pueden decirse mutuamente: «¿Qué es esto que estamos viendo? Hemos trabajado por espacio de tres lustros para sembrar por todas partes la seducción, el error y las tinieblas, y, léjos de haberlo conseguido, hemos sido ocasion de que hayan visto los pueblos una grande luz, conocido una verdad y descubierto una superchería. Hemos apelado á intrigas tenebrosas, á combinaciones políticas, amasadas con la levadura del más exquisito maquiavelismo, para ir preparando la ejecucion del gran proyecto; proyecto que nos dejaron en testamento esos grandes héroes de la seducción y la tiranía, y no nos han dado resultado: hemos apelado á lo que nos parecia el medio más certero para conseguir nuestro fin; hemos echado mano de la fuerza brutal; hemos levantado nuestra mano, nuestro brazo hercúleo, para aplastar al que queríamos devorar; y... ¿qué es esto? El brazo está levantado sin poder caer. ¿Quién nos detiene? ¿Quién nos sujeta? ¿Quién nos ha dado esta inmovilidad?»

Esto es lo que repiten en estos momentos los que, proclamando un derecho nuevo para los pueblos, el de derribar las instituciones sociales, el de constituirse á su manera, el de reconocer la legalidad en la fuerza brutal, y la legitimidad en los hechos consumados, y el de

no intervenir en los negocios de las naciones, aunque éstas rechacen al padre y lo sustituyan con el tirano y usurpador, y aunque se debatan entre rios de sangre, han intentado desmoronar el Trono en el cual quiso Dios ser representado en la tierra. Y miéntras ellos hablan así, están, los que con apatía sacrílega han favorecido sus planes malvados, mirando con asombro lo que ellos no creían jamás que pudiera suceder: «¿Qué es esto? se dicen. Nosotros, que dirigíamos miradas torvas y hasta chispeantes hácia el Sólido de donde salían reprensiones severas contra nuestras injusticias, y que por más que nos habíamos empeñado, siquiera en coartar el poder de quien se sentaba en él, nada hemos conseguido; nosotros, que habíamos declarado que era de derecho natural respetar la conciencia pública de los pueblos y no oponerlos á sus levantamientos y á las ruinas que causasen, aunque fuesen derribados cuatro Tronos, aunque se bañase la tierra en lagos de sangre; nosotros, que establecimos por nuestro silencio el derecho de la usurpacion, del robo, del latrocinio, del despojo de los débiles, y lo hicimos porque nuestros ejércitos, nuestras naves y nuestra fuerza nos garantían que ese nuevo derecho no habia de llegar á nuestra propia casa; nosotros, que en el dia de un horrendo sacrilegio dijimos alegres y ufanos que la obra estaba consumada y que era necesario respetarla; que la revolucion habia triunfado, y nos habia librado ya de oír aquella voz que reprende toda injusticia y condena toda iniquidad, ¿cómo nos hemos engañado? ¿Cómo vemos que la revolucion se ha quedado inmóvil como la piedra, sin atreverse á dar su último paso? ¿Cómo oímos todavía los ecos temibles de esa voz?»

Criminales son estos dos diálogos: en el primero resalta el crimen de la accion, y en el segundo el de la contemporizacion, el del silencio, el de la apatía, el de haber sido causa moral del atentado mayor que han

visto las generaciones de once siglos. Pero, en oposicion á esa conversacion que tienen esos dos grandes criminales, el que obró y el que se contentó con ser un simple espectador, se oyen los ecos de otra conversacion en la cual se notan la alegría, el amor, la sorpresa agradable, la ternura, la esperanza y la fé, y al propio tiempo un asombro plácido y alegre por haberse equivocado, y por no haber salido las cosas conforme lo habia aconsejado el temor que se derramó por todas partes al oír que habia en la tierra unos como nuevos Omáres, unos como nuevos agarenos, y unos como nuevos hijos de la Gothia y de las antiguas selvas de la Tartaria.

IV.

No debe sorprender á nadie que los hijos de la Iglesia católica hayan tenido por algun tiempo sus corazones oprimidos y vacilantes entre lo que habia ocurrido y lo que podia acontecer. ¿Qué habia acontecido? Habian visto el desenlace de una conjuracion tramada por manos tan astutas como enmarañadoras y fuertes: como que se habia trabajado á lo Porfirio, á lo Juliano, á lo Diocleciano. Á la conjuracion tenebrosa habia sucedido la intriga; á la intriga, la corrupcion de las ideas de lo justo y lo legítimo; á la corrupcion de unos principios, la publicacion de otros que favorecian las pasiones del pueblo y le abrian campo á la rebelion, á la sublevacion y á la rapiña: á esto se siguieron las invasiones manifiestas, y despues se presentó sin pudor ni vergüenza la hipocresía, siguiéndola el sarcasmo, y acto continuo apareció la brutalidad desarrollando fuerzas espantosas para desmoronar, derribar y reducir á polvo la ciudad escogida, y aplastar al que la da vida y animacion. ¿Quién no habia de temblar? Asestáronse piezas de batir contra los reales de los Santos; cayeron las bombas á centenares

sobre los sepulcros de los Apóstoles: fueron á tierra las murallas que los defendian: entraron en Roma bandadas de parricidas desplegando una bandera que es, hoy por hoy, emblema de ambicion, de hipocresía, de perjurio y de deslealtad, siendo así que por su enseña y su color debía serlo de justicia y de fidelidad. Los templos se vieron profanados, las casas robadas, y al fin de tanto sacrilegio, el mismo Vicario de Cristo se encontró preso y cautivo en medio de los invasores.

Al temor de lo pasado sucedia el espanto del porvenir: el amor del pueblo católico producía en los corazones la tristeza, por asaltarle la misma idea que tenían los enemigos del Vicario de Cristo, la cual era para éstos un motivo de alegría diabólica. «¡Ay! decían los ánimos afligidos: el Vicario de Cristo está rodeado de sus enemigos; estacionan éstos alrededor de su morada; lo han dejado sin libertad, sin independencia; espian sus movimientos, lo insultan y lo befan, y tendrá que abandonar su cátedra y andar errante sobre la haz de la tierra, refugiándose en países lejanos, y sin saber á qué príncipe pedir auxilio, pues todos son, ó cismáticos, ó herejes, ó filósofos, ó indiferentes, y aún los hay excomulgados. ¿Qué ha de ser de nuestro Padre? ¿Qué suerte cabrá al que hace las veces de Dios en la tierra? Además, añaden, hay una frase tradicional, cuyo sólo eco envuelve nuestras almas entre el negro crespon de la tristeza más honda. El mismo Padre Santo lo sabe: él la ha oído: al ceñir por primera vez la tiara, oyó repetir aquellas palabras que le decían: *No verás los días de Pedro*; y esta frase era una saeta que tenía traspasados los corazones de los hijos de la Iglesia católica. «El Padre Santo, se decían unos á otros, ha entrado en el año vigésimoquinto de su pontificado, y tiene que doblar muy pronto su augusta frente á la inexorable Parca. ¿Qué será de nosotros? ¿En qué orfandad vamos á caer? ¿Qué alegría no han de

tener los incircuncisos? Ellos mismos publican lo que han de hacer entónces: ellos mismos peroran con complacencia que aquel día es el de su triunfo, pues impedirán que Pedro tenga un sucesor.»

¿Qué acentos debían suceder á éstos, mis amados oyentes? Eso lo sabeis vosotros tan bien como yo: los de la oracion; y lo sabeis, porque estos acentos han salido de vuestros corazones, y los habeis exhalado enviándolos al cielo. «Señor, habeis dicho: no se burlen de nosotros nuestros enemigos, pues no queda confundido quien confía en tí (*Ps. xxiv, vers. 3*). ¡Oh Dios! Los agarenos y los extraños han dicho: Hagamos que sea nuestra herencia el santuario de Dios; vuélvelos, Señor, como una rueda, y hazlos como una pavesa delante del viento, para que sepan que Tú te llamas Señor (*Ps. lxxxii, versículos 13 y 19*). Faraon, el enemigo, dijo: Lo perseguiré y lo cogeré; me enriqueceré con sus despojos; se saciará mi alma; desenvainaré mi espada, y lo mataré con mi propia mano; que caiga, Señor, sobre él el miedo y el pavor, y quede inmóvil como una piedra.» (*Exod., capítulo xv, versículos 9 y 16.*)

Hé ahí las voces que salen desde hace nueve meses de todo el pueblo católico, el cual, por cierto, no ha visto defraudadas sus esperanzas. Hoy día, mis amados hermanos, este pueblo se admira de sí mismo, al ver que temió cuando sabía que nadie que espera en Dios queda confundido; este pueblo de fé y de esperanza no acierta á explicar lo que le ha sucedido. Está viendo que no se han cumplido sus temores, y que el sucesor de Pedro se presenta grande, majestuoso, glorioso y magnánimo como nunca, sentado con calma y serenidad sobre la roca de Sion, y no sabe decir más que una palabra: ¡Milagro! Está viendo que el gran Pio es el asombro del mundo, pues el tiempo, este agente poderoso que todo lo destruye, ha doblado su rodilla delante del personaje más ad-

mirable que hay hoy en la tierra; y que la Parca, que tan astuta es para deslizarse por todas partes con su guarda, ha huido avergonzada por su ineptia, no sabiendo cómo penetrar allí, donde hace ya diez y ocho siglos no ha permitido que nadie viviera cinco lustros. Hé ahí lo que está viendo el pueblo católico; y asombrado, gozoso, derramando lágrimas de alegría, apenas puede hacer más que levantar sus manos al cielo, y decir al Señor en medio de su éxtasis: «Tu brazo, Señor, ha sido ensalzado por tu fortaleza; tu derecha, Señor, ha herido al enemigo; Tú eres quien en medio de la gloria has echado por tierra al adversario. (*Exod.*, cap. xv, versículos 6 y 7.) ¿Quién se asemeja á Tí entre los fuertes, ¡oh, Señor! ¿Quién se parece á Tí, que eres magnífico en la santidad, terrible y digno de alabanza, y hacedor de maravillas?» (*Exod.*, cap. xv, vers. 11.)

V.

Para examinar este acontecimiento, único y especial en el largo período de diez y ocho siglos, no basta la ciencia, y mucho menos esa ciencia altiva y orgullosa que se precia de saber las cosas divinas, cuando hasta ignora las humanas; es necesario, no sólo tener fé, sino avivarla mucho. Para esos escépticos que destruyen todo lo que es el ornato exterior de la Iglesia católica, creyendo en su necedad que la han de destruir á ella: para esos revolucionarios, cuya ciencia es la negacion, cuya ocupacion es destruir, cuyo ámbito de accion es la materia y el materialismo, y cuya religion se reduce á un sentimentalismo vago y abstracto, á un naturalismo degradante y vergonzoso: para esos seres que tienen un entendimiento sin alas para volar al cielo, este acontecimiento no tiene significacion; pero para el pueblo católico la tiene, y muy grande; pues en vista de él, su fé

se eleva á las regiones más sublimes, y su esperanza lo lleva á tiempos ulteriores, viendo por medio de la primera de estas dos virtudes lo que está pasando en el cielo, y contemplando ya con la segunda lo que acontece y va á acontecer en la tierra.

Lo que está acaeciendo en el pontificado de Pio IX, así como es raro, singular y extraordinario en lo pasado y en lo presente, se manifiesta problemático en lo porvenir, si es examinado segun las reglas de la ciencia humana. Pero yo lo examino llevando en mi mano la antorcha de la fé, y deja de ser un problema lo futuro, así como no es ya un misterio lo pasado. En la Religion, mis amados fieles, no hay problemas, porque todo es cierto é infalible en ella, no dando entrada á la duda. Para ciertas gentes es un verdadero problema el conjunto de intrigas de una política subversora, cuyo único objeto es atacar las instituciones santas y legítimas, y el resultado que han de dar al postre; para nosotros, que conservamos un rescripto dado por Dios mismo, no existe tal problema. La diferencia que hay entre ellos y nosotros es tan clara y palpable, que no se oculta á nadie; ellos andan con ojos vendados, y nosotros los tenemos descubiertos: ellos marchan á tientas como un ciego, y nosotros llevamos las pupilas de nuestra alma tan tersas, tan puras y cristalinas como las de un niño, y resulta de ahí lo que dice Jesucristo con estas palabras: *Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo resplandecerá; pero si fuere malo, tambien tu cuerpo, es decir, tus acciones, será tenebroso; porque la linterna de tu cuerpo es tu ojo.* (*Mat.*, cap. vi, vers. 22.)

Ved cómo el Santo Rey David resuelve este problema: «Andan los hombres impíos afanosos y solícitos poniendo en práctica cuantos medios les sugiere su odio implacable á la Religion, para ver si pueden destruirla; y como sobre sus pupilas llevan la catarata del crimen

y la costra de la apostasía, no pueden ver que anda tambien en medio de ellos aquel Sér divino, para quien no hay confines de cielo, de tierra, de abismos, de Tártaro, ni ausencia de luz, pues las tinieblas más espesas son un resplandor perenne.» (Ps. CXXXVIII, vers. 11.) Decia este Santo Profeta hablando con Dios: *Sobre el mar, Señor, es tu camino, y tu sendero en muchas aguas, y no se conocerán tus huellas.* (Ps. LXXVI, vers. 20.) Siendo el andar tan majestuoso y tan sutil, y las huellas tan ligeras, que sólo el que las deja las puede conocer, ¿cómo han de saber por dónde anda Dios los incrédulos que afectan negar su existencia, los de la religion del sentimentalismo, que se pavonean con palabras alisonantes, y desearian, como el impío, que no hubiese Dios, y los que, despreciando las luces de la revelacion, se juramentan para consumir un deicidio moral, condenando á destierro, á hambres, á cárceles, al que representa al mismo Dios en la tierra, y persiguiendo sin tregua á los que recibieron de Él la altísima mision de sostener en el mundo la verdad, la justicia, la Religion y sus derechos imprescriptibles?

VI.

Verdad es que nosotros mismos, teniendo despejado nuestro entendimiento, y muy vivas y penetrantes las miradas de la fé, no podemos comprender las obras de Dios; pero con esa misma luz de la fé las examinamos y conocemos la conexion perfecta que tienen entre sí las obras divinas, y el lazo de oro que une lo sublime con lo ínfimo, lo celestial con lo terreno, las promesas de Dios con su cumplimiento. Tambien es cierto que, teniendo ciencia revelada de la omnipotencia de Dios, y de que confunde á los malos y perversos, creemos que se ha de levantar este Señor, segun la admirable expre-

sion de David, á semejanza del héroe de fuerza hercúlea que ha comido bien, ha dormido con plácido sueño, y lleno de fuerza y de indignacion contra sus enemigos, toma su clava ferrada y no deja uno solo en pié en pocos momentos: *Et excitatus est tamquam dormiens Dominus, tamquam potens crapulatus a vino.* (Ps. LXXVII, vers. 65.) Así lo creemos; y al ver los desafueros de los malos; al ser testigos de sus atentados sacrilegos; al presenciar la impunidad con que los perpetran y la jactancia insolente con que insultan á los servidores del Altísimo, no podemos ménos de gritar al cielo y decir á Dios con el Profeta: *Señor, levántate; ¿por qué te estás durmiendo?* (Salmo XLIII, vers. 23.) Pero si bien nuestra oracion es santa y acepta á los ojos divinos, nos equivocamos en creer que Dios ha de hacer cosas grandes y ruidosas é instantáneas, para confundir á los malvados.

No es así, no. ¿Sabeis cómo confunde Dios á los enemigos de su Iglesia? Riéndose de ellos, dejándolos que vayan urdiendo sus tramas, teniendo sus conciliábulos, calculando sus medios y formando sus planes, y aun dejándoselos ejecutar para que queden burlados todos ellos, precisamente cuando creen que han logrado su objeto. Y no hemos de suponer que *Dios se ria de nadie*, como dice San Jerónimo, *sino que nosotros hacemos cosas dignas de risa y de desprecio.* (Comment. in Ps. II, vers. 4.) Y en efecto: ¿qué cosa habria más digna de risa que el ver que un reptil se empeñase en derribar una gran roca de granito, royéndola por el cimiento? ¿Qué cosa más digna de irrision que el ver al bárbaro africano echando puñados de tierra para oscurecer el sol, ó lanzando saetas contra él para quitarle las madejas de su luz? Pues eso es precisamente lo que intentan hacer los enemigos de la Iglesia católica, y Dios los deja que corroan la roca de Sion, sin más resultado que el de perder sus dientes, y que disparen dardos contra ella para que den éstos